

SERMON

SOBRE LA

PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

PREDICADO Á LAS SEÑORAS
DE LA SOCIEDAD CATÓLICA DE IRAPUATO

POR EL

SR. PBRQ. D. GABINO CHAVEZ.

Quos praecevit et predestinavit conformes fieri imaginis Filii sui.

A los que conoció en su presencia los predestinó para sus hechos conformes á la imagen de su Hijo.

Rom., 8, 29.

HERMANAS MIAS:

Hoy va á ocuparme el asunto más sublime y magnífico, y el más digno quizá de vuestra atención. Voy á presentar delante de vosotras el cuadro más interesante que se ha desarrollado en el mundo en el curso de todos los siglos, y á manifestaros á un tiempo mismo el sufrimiento más notable y meritorio que se ve en la historia del hombre, así como la más atroz é injusta persecucion que se haya ejercido jamás por la crueldad y la barbarie.

Vengo á hablaros de los hechos memorables que juntamente regeneraron al universo y consumaron la ruina del pueblo más noble y grande de la antigüedad; en una palabra, vengo á referiros la dolorosísima Pasion del Redentor. Pero, hermanas mías, yo no quiero ni debo hablaros ahora de los tormentos de Jesucristo considerados bajo esos respectos, es decir, en su influencia en la regeneracion de las sociedades, y en el bien y la felicidad del universo entero. Os los voy á representar bajo un aspecto mas reducido, pero infinitamente más eficaz para vuestro provechó, y más digno de vuestra atención.

Dios, dice el apóstol San Pablo, á los que conoció como sus escogidos de toda la eternidad, los predestinó para que durante su vida se conformasen enteramente á la imagen de su Unigénito Hijo, y por esta conformidad, por esta imitacion de Jesucristo, por la consecucion constante de este divino modelo, se harian despues dignos de ser glorificados eternamente con el mismo Redentor. Pero, ¿cuáles son las acciones de Jesucristo que debemos imitar? ¿En qué pasos de su vida debemos tomarle como modelo? ¿Cuáles son los que debemos tener más constantemente á nuestra vista para procurar copiarlos fielmente en nuestro corazon é imitarlos en nuestra conducta? Es cierto que toda la vida de Nuestro Señor Jesucristo es un ejemplo constante y una manifestacion sublime de todas las virtudes, sus sentimientos los más nobles, su amor á los hombres el más puro y desinteresado, su conducta la más intachable y su memoria la más gloriosa y augusta que honra á la humanidad. En efecto, hermanas mías, Jesucristo no sólo fué el mediador que obró la reconciliacion del hombre con Dios; no sólo fué la luz que enseñó la verdad al hombre más ignorante y extraviado; no sólo fué la fuente de la gracia que eleva nuestros actos hasta hacerlos dignos de la vida eterna; despues de haberlos producido y desarrollado en nuestras almas, sino que El es tambien nuestro modelo. El vino á enseñarnos los senderos que conducen al cielo; El vino á ser

nuestra perpétua enseñanza con sus ejemplos, nuestro constante guía con sus palabras y nuestro continuo ejemplo por sus virtudes. El se ha querido llamar *camino* para darnos á entender que si no caminamos sobre sus pasos, que si no seguimos siempre sus huellas, que si no marchamos, por decirlo así, con El mismo, no podremos abrigar la esperanza de que somos del número de los escogidos á quienes Dios no predestinó sino en cuanto conoció que serian conformes á la imagen del Salvador é imitadores fieles de su doctrina y ejemplos: *Quos praecevit et praecestinavit conformes eri imaginis Filii sui*. Es cierto, pues, que toda la vida de Jesucristo es nuestro ejemplar y nuestro modelo, que en toda ella, y aun en uno solo de sus pasos, tenemos bastante que imitar en todo el curso de la nuestra, y que todos sus ejemplos, desde el primer instante de su Encarnacion, hasta el momento en que al subir al cielo desapareció á los ojos de sus discípulos, son infinitamente más dignos de nuestra imitacion que los hechos más heróicos de los santos, pues cuando imitamos á éstos, realmente imitamos al mismo Jesucristo, que fué constantemente su modelo. Todo esto es cierto, pero no se puede negar que su dolorosa pasion es el hecho más grande de su vida, y el más noble, sublime y digno de nuestra imitacion entre todas sus obras; que es lo que más continuamente debemos tener á nuestra vista, si queremos, no solo corregirnos de nuestros desórdenes, sino también encendernos en el amor de Dios y practicar el camino de las virtudes. Hoy vengo á hablaros, pues, de la Pasion del Salvador, y haceros resaltar la discrepancia de nuestra conducta con la suya y el contraste de nuestras obras con la enseñanza de sus tormentos. El asunto es tan vasto que ha dado materia á un célebre predicador de nuestros dias para formar veintidos conferencias de las que ya habeis oído algunas. En la imposibilidad de extenderme tanto, voy solo á haceros una sencilla exposicion acompañada de algunas reflexiones, sobre los cinco principales pasos de la sagrada Pa-

sion que habeis meditado hoy; es decir, las penas del huerto, la flagelacion, la coronacion, el camino de la cruz y la crucifixion.

PUNTO PRIMERO.

Después que Nuestro Señor Jesucristo hubo celebrado con sus discípulos la última cena, en la que instituyó el adorable sacramento de su cuerpo y de su sangre, salió de Jerusalem á un huerto solitario donde acostumbraba por las noches retirarse á orar con sus discípulos. Después de aquel esfuerzo prodigioso de amor que habia hecho en el Cenáculo, el Salvador permite que las pasiones humanas invadan su corazon. El pavor más frio y la tristeza más amarga se apoderan de su alma; teme, tiembla y se llena de consternacion; y no pudiendo contener su dolor dentro del pecho, da parte de él á sus discípulos, diciéndoles: "Triste está mi alma hasta la muerte." Llegan al jardin de los Olivos, lleva Jesus consigo á Pedro, Juan y Santiago, los mismos que habian sido testigos de su Transfiguracion, se aparta un paso de ellos, les encarga que oren, y comienza El la oracion más sublime, noble y fervorosa que se habia presentado ante Dios en el curso de los siglos. Ya habeis considerado que en esta oracion el Salvador era solicitado al mismo tiempo por el amor de su Padre indignamente ultrajado, por el amor del hombre eternamente perdido, y por el amor de sí mismo,

amenazado con todo el horror de su pasión. Postrado Jesucristo en tierra, con el rostro pegado en el polvo como vil pecador, á la vista de tantos objetos espantosos, entra en una violenta agonía, se abate como el más desgraciado de los mortales, tiembla, suspira, gime en medio del más hondo desconsuelo. Su sangre, arrojada del corazón por un esfuerzo generoso, se dirige á los poros del cuerpo, sale en pequeñas gotas que formando otras mayores y aumentándose más y más, produce aquella efusión maravillosa que despues de bañar su cuerpo sagrado, descende á humedecer la tierra y comienza á purificarla con su contacto divino. Os recuerdo todo esto, para que veais cómo debéis conformaros á la imágen del Salvador en los dolores de su pasión. Dos cosas veo en el huerto de los Olivos, hermanas mías, Jesucristo que ora y los discípulos que duermen. Jesus ora para darnos ejemplo; ora para enseñarnos de esta manera la necesidad de la oración, sobre todo en tiempo de tristeza y tribulación; ora, aun cuando siendo Dios como lo era, podía hacerlo todo sin necesidad de pedir nada para él ni para nosotros. Pero ¿le imitais en este punto? Habéis hecho de la oración la práctica continua de vuestra vida, las alegrías de vuestro corazón y el lugar de reposo de vuestra alma? Acudís á ella en vuestras tristezas, en vuestros temores y en vuestras aflicciones y penas? Cuando os sentís atribuladas y oprimidas por algun pesar, ¿no es verdad que buscáis vuestro consuelo en el seno de una amistad mundana, en el estrépito de las conversaciones y alegrías profanas, ó en la lectura de obras perjudiciales, que no os contentan sino porque halagan las pasiones? ¡Ah, hermanas mías! la oración, que es la práctica más importante, es también la más olvidada; la oración, que nos recomienda Jesucristo por la última vez en el huerto, es tan desconocida de muchas de vosotras, que muchas veces al tratar de recomendárosela, tememos pronunciar su nombre por no asustaros, y hacer inútiles nuestras advertencias con la oposición de vuestras falsas ideas. Imitad

al Salvador, orad. El os lo recomendó en la persona de sus discípulos, y os dió el ejemplo más grande y noble en la noche de su agonía. Mas ¿qué hacen entre tanto los discípulos? Duermen y descansan, hermanas mías, mientras el Salvador se fatiga; reposan en el sueño, mientras su divino Maestro suda sangre. Abren con la pereza sus entrañas á la tentación, mientras el Redentor ora por su salud y la de todos los hombres. Y ¿qué haceis vosotras, hermanas mías? ¡Ah! vosotras, que no imitais á Jesus que ora, os entregais al sueño con los apóstoles, mientras Jesus se ocupa ardentemente en el negocio de vuestra salud; vosotras yaceis en la tierra con indolencia, y mientras él derrama sus lágrimas y su sangre por vosotras, creéis haberle correspondido con dirigirle una mirada de compasión, sin que las disposiciones de vuestro corazón se muden. Porque, hermanas mías, la vida del cristiano no es solo una vida de oración, sino tambien de vigilancia. “Vigilad y orad,” dijo el Salvador á los discípulos antes de separarse de ellos en el huerto. Y en efecto, hay tantas ocasiones de pecado, tenemos tantos enemigos fuera de nosotros mismos, somos en nuestro interior tan inclinados al mal, que si no queremos perderlos, debemos imitar á Jesucristo en la vigilancia que tuvo por nosotros. En su oración. El pide más para nosotros que para sí mismo; le atormentan más nuestros pecados que sus próximos dolores. Hace en el huerto un acto inmenso de contrición por las culpas de todos los hombres, y su dolor es tan intenso que, no solo hace brotar las lágrimas de sus ojos, sino tambien la sangre de sus venas. ¿Le imitais acaso, hermanas mías? Vigilais constantemente vuestros actos? ¿Repasais en el silencio de la noche y antes de entregaros al sueño, vuestras faltas para pedir perdón de ellas á Dios? ¡Ah! no os mirais en vuestro interior sino cuando vais á deponer vuestras culpas á las plantas del ministro sagrado, y vuestra mirada es entonces distraída y dispada, tan rápida é inquieta, que no os deja conoceros á vosotras mismas. Es una mi-

rada que solo encuentra lo que os propusisteis hallar y no lo que deberiais buscar en el fondo de vuestro corazón. Dormís como los apóstoles el sueño de la tibieza y de la indolencia, mientras Jesucristo agoniza de dolor y suda sangre por vosotros. De esta manera, cuando Jesús ora y los discípulos duermen, en vez de conformaros con el Salvador y huir el ejemplo de la negligencia de los apóstoles, castigada con la cobardía posterior de su conducta, trastornáis todo el orden y os echáis á dormir olvidando á Jesucristo. Mas sigamos al divino Salvador y acompañemosle en el resto de su pasión.

PUNTO SEGUNDO.

Después de haber orado con tanta constancia y con tanto fervor; después de haber despertado varias veces á sus discípulos, que no habian podido vencer el sueño, se levanta por fin confortado por el ángel del Señor; advierte á los apóstoles que se acerca el discípulo traidor, y él mismo le sale al encuentro con toda la severidad y calma de un Dios que se entrega porque quiere. No puedo ir repasando uno por uno todos los tormentos y dolores del Salvador, porque me extenderia demasiado; tengo, pues, que pasar en silencio el modo como aquella tropa de malvados echaron mano del Salvador y le ataron cruelmente, según la infame recomendacion de Judas. Tengo que pasar en silencio la dulzura de Jesús para con

este malvado; tan digno de los horrores del infierno; el poder de aquella palabra que derriba por tierra á los enemigos del Salvador y su tránsito por las calles de Jerusalen, que se llenaban de curiosos que salían á ver y llenar de insultos al supuesto reo. No puedo hablarlos tampoco de su presentacion ante los diferentes tribunales del pontífice, del gobernador romano y del rey de Galilea. Me veo obligado á callar el insulto horrible que un criado del pontífice hace al Salvador hiriendo su rostro con una bofetada, y el infame paralelo que hace Pilatos entre Jesucristo y un vil asesino y salteador. Bien quisiera detenerme un poco en estos pasos, pero me es imposible, y solo os diré algunas palabras de los tormentos que pasó el Salvador la noche antes de su pasión. Después del interrogatorio más indecente sufrido en casa de Caifás, mandan los inicuos jueces que saquen atado al reo. Toman á Jesús los bárbaros ministros y le conducen á un aposento súpico y vil para custodiarle. Mas el demonio se apodera de sus corazones y les inspira el proyecto más horrible y criminal. Desean divertir el sueño ocupándose en insultar y escarmecer al Hijo de Dios. Uno venda sus divinos ojos con un inmundo lienzo, y todos comienzan á herir su rostro dándole horribles bofetadas; arrojan inmundas salivas á su cara, y después de cada golpe le dicen entre burlas y risas: "Profeta, adivina quien te dió." De esta manera Nuestro Señor Jesucristo, exhausto por el cansancio de su larga oracion, desfallecido á causa de la sangre que habia derramado, terriblemente afligido por la desercion de sus discípulos, por la traicion de Judas y por la apostasia de San Pedro; transido de frio en tan cruda noche, en vez de encontrar algun descanso, en vez de recibir un pasajero alivio que le permitiera afrontar los tormentos que le aguardaban, solo encuentra la opresion, las cadenas, el insulto y las burlas más indignas. ¡Ah, señoras! cuando entregadas á locas alegrías y sumergidas en el seno de diversiones profanas, pasais esas noches en una especie de embriaguez insensata; cuando ro-

deadas de placeres y de encantos regalais con suaves músicas, exquisitos manjares y olorosos perfumes vuestros sentidos; cuando asistís á esas reuniones en las que no se respira sino la atmósfera de la sensualidad y del deleite, ¡ah! ¡cuán lejos estais entonces de pareceros al Salvador, cuán distantes os hallais de imitarle! Él sufre el frío más horroroso y á vosotras os rodea un aire tibia y embalsamado; él gime en un sucio calabozo y vosotras estais en un lugar rodeado de todas las comodidades y adornado con exquisita vanidad; él oye insultos y desprecios, y vosotras solo oís palabras de adulacion; él tiene una venda en los ojos, y vosotras saciais vuestras miradas en los objetos que más propios son para corromperos; él rigila por vuestra salud, y vosotras os desvelais para vuestra ruina ó dormís un sueño delicioso en medio de todas las comodidades. ¡Ah, hermanas mías! no es así como debemos imitar á nuestro divino modelo; no es así como debemos caminar para establecer en nosotros esa dichosa conformidad con el Hijo de Dios que el Señor conoció en sus predestinados, como dice San Pablo: *Quos præsci-*

vit, etc. Pasemos en silencio los otros tormentos para fijarnos solamente en el paso doloroso de su flagelacion. En esta pena, hermanas mías, debéis notar dos cosas: su infamia y su atrocidad. Era tan vil y tan infame la pena de azotes, que bastaba ser ciudadano de Roma para estar libre de ellos en cualquier caso. Castigábanse con azotes á los esclavos rebeldes y á los más viles ladrones y asesinos. Era tan atroz la pena de azotes, que la ley de Moisés mandaba que nunca se aplicasen más de cuarenta, para no acostumar á los judíos á la dureza y á la crueldad con la vista de sus hermanos despedazados; pero á pesar de esto, Jesucristo quiere sufrir esta pena tan vil é infamante y arrostrar su atrocidad. Se le sujeta con cadenas á un poste de la casa del pretorio, y como lo tenían por mago y hechicero, tenían que se valiese de la magia para huirse. Hé aquí por qué le sujetaron con dobles cuerdas. Sus manos, que

fabricaron el mundo, se vieron oprimidas con toscos lazos que le atormentaban cubriendo de sangre su delicada piel. Su túnica preciosa cae hecha pedazos á los pies de los soldados pretorianos; su carne purísima y virginal, aquella carne divina de que la Virgen inmaculada habia revestido el Verbo de Dios, se ve desnuda en presencia de un pueblo infame y prostituido. La vergüenza de que se vió cubierto Jesucristo fué digna de ser anunciada por David con espíritu profético, y en ese estado abatido y humillante, atado y desnudo como un miserable ladrón, sufre el Salvador dictérios de la turba desenfadada, las maldiciones de las almas corrompidas y las burlas sangrientas de los espectadores. Dispuesto todo de esta manera, comienza la ejecucion del suplicio. Los soldados, rabiosos, se acercan á Jesus con haces de nudosas varas, le dan un golpe para afirmar el pulso, y luego ¡Ah, hermanas mías, desviemos los ojos de esta escena de compasion y horror! Mas no, contemplemosla, que Jesucristo Nuestro Salvador es quien padece por nosotros. Los verdugos comienzan, pues, se afirman sobre un pie, aprietan con saña la vara sacrilega y luego resuena el ruido de los primeros azotes que hirieron la carne del Hijo de Dios. Los golpes redoblan las fuerzas de los ministros del infierno, y á medida que se multiplican, la blanca carne del Cordero se pone cárdena y pronto señala la vara un surco sangriento. Las espaldas del Salvador se ponen rojas y su sangre brota con abundancia, corre por todo su cuerpo y baja á regar la tierra salpicando el rostro á sus verdugos y á los asistentes; y los mismos instrumentos del suplicio riegan la sangre del Salvador entre los espectadores como un aspersorio sublime que salva al mundo y arruina á sus enemigos. ¡Ah, hermanas mías! cuando el cansancio de los verdugos y la impaciencia de los judíos hizo cesar el tormento de Jesucristo, la mayor parte de su sangre habia abandonado su cuerpo; sus espaldas no presentaban á la vista sino un destroz sangriento; los nervios y las venas habian sido rotas y el aspecto del cuerpo desgarr-

do del Salvador haria derramar lágrimas á la crueldad más dura. ¿Con qué fin quiso Jesucristo sufrir tormentos tan atroces é inauditos? ¡Ah! vosotras lo habeis considerado hoy al meditar la flagelacion del Señor, y yo no necesito repetirlos. No quiero nombraros siquiera el vicio infame que mancha en nosotros el templo del Espíritu Santo, que ciega el entendimiento y endurece la voluntad, que arruina al individuo y trastorna las sociedades, que injuria á Dios y azota á Jesucristo; que él solo precipita más almas al infierno que todos los otros vicios juntos. No quiero ahora preguntaros, hermanas mías, cuáles son los rasgos de semejanza que en la pureza tenéis con el Salvador; yo no pretendo examinar si vuestra carne es una carne mortificada con Jesucristo, ó si es una carne blanda y regalada; yo no escudriñaré si vuestra conciencia tiene algun horror al pecado, que le hace cubrirse de una santa vergüenza y confusion al oirlo solo nombrar, á imitacion de la vergüenza del Salvador. Nada de esto inquiero yo ahora; pero inquiridlo vosotras mismas, y si os hallais desemejantes en estos puntos á Jesucristo, acordáos de que el Señor no reconoce como predestinados sino á aquellos que mira en un todo conformes á la imagen de su Hijo divino. *Quos præcivit.* Mas sigamos la pasion del Redentor. ¿Pensais vosotras que despues de haberlo despedazado de una manera tan horrorosa, cesarian un poco de atormentarlo sus verdugos? No, hermanas mías, el demonio se habia introducido en sus corazones y les inspiraba nuevas maldades. Acordándose de que Jesucristo habia hablado frecuentemente de su reino, y de que uno de los capitulos de su acusacion era el de que aspiraba á hacerse rey, disponen hacer con él Dios de la majestad una parodia ridícula y dolorosa de un rey que se presenta cubierto con todas sus insignias á recibir los homenajes de sus súbditos; y para remedar el trono, la púrpura, el cetro y la corona, cubren á Jesus de una clamide andrajosa de púrpura, le sientan en un vil escaño de madera é introducen entre sus dos manos,

fuertemente atadas, una caña frágil para burlarse de su poder. Pero ¿y la corona, hermanas mías? ¡Ah! En la Palestina crece abundantemente una planta que llaman junco marino; son unas varas nudosas cubiertas de una multitud de espinas notables por su tamaño y por su dureza, que las hace semejantes al acero. De este junco juntaron los soldados unos manojos, y doblándolos de modo que formaran una especie de casco que cubria una cabeza, clavan en la del Redentor aquel horrible manajo de espinas, y para no punzarse con ellas, arrancan la caña que le habian puesto en las manos y con ella golpean la corona horrorosa que taladra en un instante la cabeza del Salvador. Aquellas largas espinas se introducen por el cerebro, por las sienas y por la frente, rasgan los oídos del Salvador, penetran en sus delicadas carnes, y asoman por cerca de sus ojos. Sus largos cabellos de nazareno se pegan con la sangre que riega su cuerpo. A los tormentos atroces que padece, se agregan los insultos atroces de los soldados que doblan la rodilla como para adorarle, aumentando así su irrision y su burla sacrilega. ¡Ah, Jesus mio, Jesus mio! ¿No bastaba que tus sangrientos verdugos hubiesen desgarrado tus espaldas sagradas y convertido en llagas tus costados? ¿No bastaba que toda la vileza de los discípulos, el odio infernal de los sacerdotes, el desprecio de un rey y sus cortesanos y la complacencia del cobarde presidente se desfogaran en tu persona divina, sino que debian los soldados extranjeros, sin sujetarse á la orden del juez y solo alentados por el diablo, hacer un juguete de tu dignidad real, presentándote á las turbas desenfundadas como un objeto de mofa, añadiendo á todo esto la crueldad más atroz que solo el demonio podia inventar?

Tal es la coronacion de Jesucristo, hermanas mías. Como el hombre abusó por el pecado de todos sus miembros, Jesucristo quiso padecer en su pasion especiales tormentos en todos y cada uno de los suyos; por eso quiso ser coronado de una manera tan dolorosa. Y ahora

os pregunto yo á vosotras: ¿Sois acaso miembros dignos de una cabeza tan adolorida? Vuestros pensamientos, que Jesucristo quiso purificar con sus espinas dolorosas, ¿son todos tan castos, tan puros y tan santos como deben serlo? Desterráis de vuestra imaginacion todos los espectáculos extraños, todos los fantasmas del mundo y de las criaturas, todas aquellas representaciones que no pueden llevaros á Dios? ¡Ah, señoras, criaturas redimidas por la sangre del Salvador, herederas de promesas inmortales, predestinadas por Dios para ser conformes á la imagen de su Hijo, y miembros de una cabeza augusta coronada de espinas, nuestros pensamientos han de ser todos puros, nuestros deseos todos celestiales, nuestras aspiraciones sublimes y nuestros corazones todos de Dios! Pero ¡ah! desgraciadamente no somos lo que deberíamos ser, pensamos más en nosotros mismos que en Dios, pensamos con más gusto en las criaturas que en Jesucristo, y sumergidos continuamente en los cuidados de la tierra, miramos nuestra alma como una cosa secundaria, repartimos nuestro corazón entre Jesucristo y el mundo, y creemos hacer mucho cuando empleamos un rato del sobrante de nuestras diversiones para hacer unos rezos sin devoción, sin fervor y sin provecho.

Es necesario cambiar de conducta, consagrar á Dios nuestros pensamientos, nuestros deseos y nuestras aspiraciones; es necesario que seais todas de Jesucristo, y que salgais de ese viento de disipacion diaria y constante, que os hace más mundanas que cristianas, y más contrarias que conformes á vuestro celestial modelo. Jesucristo no quiso sufrir nuestras pasiones sino para enseñarnos á vencerlas; no quiso ser la víctima de una falsa amistad y del abandono de sus discípulos sino para despegarnos de nuestros exajerados afectos. Quiso ser tratado como loco por Herodes y su corte, para enseñarnos á despreciar los falsos juicios de los hombres; quiso ser despedazado con azotes para lavar nuestra impureza y encomendarnos la castidad; quiso que su cabeza fuese cruelmente atravesada

por ramos de espinas, para satisfacer por la perversidad de nuestros pensamientos, y para enseñarnos á fijarlos en el cielo; quiso tambien recibir en sus hombros desfallecidos la pesada cruz de su suplicio, para enseñarnos á marchar por el camino de la penitencia bajo el peso de la mortificacion y para reparar los desórdenes de nuestra vida sensual y relajada.

Porque, no penseis que satisfecho Poncio Pilato con la carniceria que mandó hacer en el cuerpo de Jesucristo y con las maldades que por su antojo habian añadido sus ministros, no penseis que satisfecho con esto impidió la consumacion de la muerte del Redentor. Por el contrario, aturdido con los gritos del pueblo, atemorizado por el espectáculo de un motin que se convertía en rebelion, y temeroso sobre todo de las amenazas que se le habian hecho de perder la gracia del César, cede cobardemente á las exigencias de los fariseos y del pueblo amotinado, y firma, por último, la sentencia impia que condenaba á Jesucristo á morir. Entonces el Salvador sale del ofertorio para marchar al suplicio. Le ponen sus vestiduras, porque quieren que el pueblo le reconozca, y está tan desfigurado con las heridas y la sangre, que casi no conserva ya la figura humana, como predijo un profeta. Le presentan luego el instrumento de su muerte: dos gruesos y toscos leños puestos en forma de cruz, y Jesucristo toma esa cruz con alegría y como con alborozo, la abraza y coloca sobre sus desmayados hombros, comienza á caminar en medio de los soldados, y todo el inmenso gentío se pone en movimiento con bárbara curiosidad. Le colman de injurias y de insultos; resuenan por todas partes gritos de muerte ó risas de escarnio y él sigue entre tanto cargando la cruz y colmado de las maldiciones de Jerusalem. Però ¡ah! Jesucristo queria sentir las flaquezas de la humanidad, y se siente profundamente debilitado por la sangre copiosa que habia perdido. Un desfallecimiento general se apodera de todos sus miembros; pasan por sus ojos nubes de muerte y siente que sus

hombros desgarrados se abren y se separan de su cuerpo con el peso de la cruz. Camina con pasos lentos y trabajosos; pero la impaciencia de sus verdugos no sufre demora; le violentan y arrastran tirando de sus ataduras y le obligan de este modo á acelerar el paso. Mas al atravesar la puerta de la ciudad, que era muy estrecha, ya no pudo sostenerse bajo el peso horrible que le abruma; vacilan sus piés, flaquean sus rodillas y á un nuevo impulso de sus verdugos las fuerzas le abandonan, le oprime el peso de la cruz y su venerable cuerpo cae desplomado, enterrando en el inmundo polvo su divina frente de modo que las espinas de su corona desgarraron más profundamente su cabeza. Pero no soltó la cruz sino para hacer nuevos esfuerzos para levantarse y dejando una mancha sangrienta en el suelo, se levanta poco á poco empujado por los soldados que tiran de sus ataduras con brutal crueldad. Multiplicanse sus caídas, y la barbaridad de los judíos, que no quieren verle perecer en el camino, sino en la cruz, le busca un compañero á quien obligan á llevarla con Jesucristo. ¿Sabeis, hermanas mías, lo que significa el camino del Calvario y la cruz del Salvador? ¡Ah! el camino del Calvario es la vida del cristiano sobre la tierra, y la cruz de Jesucristo es la mortificación cristiana que debemos llevar siempre con nosotros.

En efecto, si Jesús inocente marcha entre aflicciones y oprobios, nosotros, pecadores y criminales, no debemos esperar una vida cómoda y voluptuosa. Si Jesucristo, exento de pecado y aun de la posibilidad de pecar, se ve cargado con una cruz que no le correspondía á él sino á nosotros, debemos persuadirnos de que nos es preciso llevar continuamente la cruz de la mortificación para llegar al mismo término que Jesucristo despues de su gloriosa resurreccion. Si no seguimos las pisadas del Redentor, infaliblemente pereceremos, porque él es el modelo que nos está propuesto, y nunca tendrá efecto nuestra predestinacion á la gloria, sino en cuanto nos conforme-

DE LA VIDA DE JESUCRISTO

mos con el divino ejemplar de todas las virtudes, Jesucristo paciente: *Quos præcivit*..... Esta es una verdad de fe. Mas á pesar de serlo así, ¿dónde se encuentra en los cristianos la conformidad con los sentimientos y con las obras del Salvador en su divina pasion? ¿Qué se han hecho en la tierra la mortificación y la penitencia que solas pueden llevarnos al cielo despues de una vida criminal y pecadora? ¿Cuál es entre vosotros la que puede llamarse verdaderamente mortificada? ¡Ah! ¡cuán lejos estais de serlo, señoras! Vuestra vida es y ha sido siempre fácil y cómoda, y gira continuamente entre el regalo y las disipaciones. No mortificais ni en un punto vuestras inclinaciones y vuestros sentidos; todas las incomodidades os asustan; el nombre solo de penitencia os aterra, y cuando os predicamos que sin la penitencia no hay perdón, que teneis que satisfacer por vuestras culpas, y que vuestra vida reformada debe ser una continua expiacion de vuestra vida pecadora, no haceis caso de nuestras palabras, ó las tomais por exajeraciones del cielo, que á nada os obligan. Renegais, en cierto modo, de Jesucristo, que no os dejé, por ejemplo, una vida dulce y sensual, sino llena de trabajos y de aflicciones.

Llega, pues, el Salvador á la cumbre del Calvario, le arrebatan sus vestiduras renovando sus dolores, tienden en el suelo el madero del suplicio y mandan al Cordero inmaculado que se extienda sobre él. Jesús se acuesta tranquilo en aquel duro lecho que habia de ser el de su muerte. El amor al hombre le ocupa hasta los últimos instantes y sufre hasta el fin los dolores más espantosos. Sus llagas se abren al contacto de aquel tosco leño; no halla modo de reclinar su divina cabeza, que inclina sobre su pecho para librarla de la cruz, le abandonan las fuerzas, pues por donde quiera que la deje caer le molesta el madero cuyo contacto le clava hondamente las espinas. Mas ved como los soldados le toman una mano que él mismo habia extendido voluntariamente, le sujetan contra la cruz y le clavan la mano en ella, introdu-

ciendo el hierro entre sus venas, que separa los huesos causando dolores atroces y abriendo paso á la sangre divina que contenian aun los brazos del Redentor. Con la misma crueldad clavan sus piés sagrados dislocando todos los huesos y tirando de los miembros divinos de Jesucristo como si fueran un objeto vil é inanimado. En este estado elevan el madero y le clavan en la peña; el cuerpo del Salvador cuelga con todo su peso de los clavos y desgarran y ensanchan sus heridas, y se conserva animado algun tiempo para pronunciar palabras de bendicion y de paz, palabras de perdon y de amor, que alienan á los pecadores y consuelan á los justos; consuma la grande obra de la redencion del hombre y espira. Si, hermanas mías, espira nuestro Redentor, espira nuestro Dios, espira nuestro Padre, espira nuestro amigo y nuestro consuelo, nuestra salud y nuestra esperanza. La naturaleza inanimada manifiesta su dolor, la tierra tiembla, los astros palidecen ó se eclipsan, las peñas se chocan, el velo del templo se desgarran y los sepulcros abandonan su presa. Solo nosotros permanecemos insensibles en medio de la desolacion de todo el universo; y digo insensibles, porque no nos pide el Señor lágrimas estériles y momentáneas, ni una compasion infructuosa de sus penas al contemplar sus tormentos y su muerte. ¿Sabeis lo que aguarda de nosotros? ¡Ah! no espera otra cosa sino que os conformeis á él en todo, y principalmente en los grandes ejemplos de su pasion y de su muerte; quiere que os asemejeis en todo á él, porque sabe que en esta conformidad y en esta semejanza tiene vinculada su Eterno Padre su eterna vinculacion y nuestra gloria. *Quos prescivit, etc.*

Imitadle, pues, hermanas mías; imitadle en su humildad y en su mansedumbre, que él mismo nos recomienda; imitadle en su oracion y en su detestacion de los pecados; imitadle en su resignacion y en su paciencia; conformaos á las divinas enseñanzas que nos dejó en su dolorosa pasion; imitadle en su inmenso amor; corresponded su caridad para con vosotras, caridad que no cono-

ció límites; amadle con todas vuestras fuerzas, con todo vuestro corazon y con toda vuestra alma; corresponded con un amor fervoroso y constante á todo lo que padeció por salvaros. Una alma generosa no podrá echar jamás en olvido beneficios tan grandes y dones tan sublimes. Emplead toda esa ternura, toda esa sensibilidad que Dios os ha dado, correspondiendo del mejor modo que podais á los esfuerzos de su liberalidad para con vosotras. Sed muy devotas de la pasion de Jesucristo; consideradla en el sacramento angusto de la Eucaristía, en el que nos dejó el Señor la memoria de sus tormentos; meditadla en el sacrificio de nuestros altares, que es una conmemoracion real y verdadera del mismo sacrificio del Calvario. Conservad sobre todo el resto de vuestra vida las disposiciones que este dia ha debido producir en vuestras almas.

Vosotras habeis experimentado ahora los sentimientos de amor, de compasion y de ternura, de dolor de los pecados y de afectuosa gratitud que la pasion de Nuestro Señor Jesucristo excita siempre en las almas fieles y fervorosas. Nada me queda que hacer sino proponeros una devota práctica, que mantenga siempre firmes en vuestro corazon los santos afectos que en este dia habeis concebido. Los dias viérnes de la semana, hermanas mías, siempre han sido honrados por los cristianos de todos los siglos de una manera muy particular, en memoria de la sagrada pasion de Jesucristo. Os exhorto á que se lo consagreis tambien vosotras. Luego que despertéis en ese dia, y entre dia con la frecuencia que podais, decid con todo fervor la jaculatoria de este dia, y sobre todo meditated siquiera la mitad de una hora por la mañana, y por la noche alguno de los pasos de la sagrada pasion. Si no podeis, ó no quereis obligaros á esto, sea siquiera una vez todos los viérnes. El Alma al pié del Calvario, de donde hemos tomado ahora las meditaciones, el Amor del Alma y la Práctica del amor á Jesucristo, de San Alfonso de Ligorio, las meditaciones de Fray Luis de Granada y otras muchas obras piadosas que conoceis mejor

que yo, os pueden servir para tomar el punto de las meditaciones, y de esta manera ireis recorriendo poco á poco todos los misterios de la pasion de Jesucristo. Pero no sea esto todo; haced, además, en esos días, en honor de la misma pasion, algun acto particular de penitencia, aunque sea muy pequeño, si no os permitiesen otra cosa vuestras fuerzas. El privaros en la mesa de un manjar que os agrade; el omitir una visita que os sería muy grata; el obedecer con gusto á vuestra madre en alguna cosa que repugna vuestra voluntad; el guardar un silencio particular ese día y otras muchas prácticas que inventará vuestra piedad, os pueden servir de ofrenda para honrar la pasion de Nuestro Señor Jesucristo. Yo conozco un alma, amadas hermanas, que practica todo lo que os he dicho, y en verdad que á eso debe sus adelantos en el camino de la salvacion. Ahora, pues, ya que todo este día habeis meditado la sacratísima pasion del Salvador; ya que vuestro corazon se ha desecho en lágrimas de gratitud y de amor por tan grandes beneficios, ¿qué os resta sino postraros á los piés del Crucificado, regarlos con vuestro llanto y pedirle perdon por vuestras culpas? Hacedlo así, y aprovechándoos en esta vida del fruto de sus dolores, podreis un día gozarlo en la sublimidad de sus glorias.—Así SEA.

SERMON

QUE EN LA
SOLEMNNE FESTIVIDAD

DE JESUCRISTO CRUCIFICADO

BAJO EL TITULO

DEL SEÑOR DEL ENCINO

PREDICÓ EL SR. CURA
DE SAN PEDRO PIEDRAGORDA

DON TIBURCIO MEDINA

Oblatus est quia ipse voluit.

El se ofreció porque El mismo lo quiso.

Isaias, cap. LIII, v. 7.

ILLMO. Y RMO. SEÑOR:

Una vez más, carísimos oyentes, me cabe el honor de dirjiros la palabra, desde la cátedra del Espíritu Santo, en la presente festividad: de nuevo vengo á inspirarme en vuestra piedad edificante y fervorosa y á participar de vuestro sagrado entusiasmo, al celebrar los cultos solemnes de la venerable imagen de Jesucristo Crucificado, bajo el titulo del Señor del Encino.

Hoy resuena este magnifico templo con las alabanzas de nuestro amable Redentor, y vosotros, recordando la